



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SE186887

EDITORIAL



Umberto Boccioni «La città che sale» (*La ciudad que se levanta*)
(1910-1911, particular)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUJA RUTT
ANNA FOA
MARIE-LUCILE KUBACKI
RITA MBOSHU KONGO
SAMUELA PAGANI
MARGHERITA PELAJA
NICLA SPEZZATI

Esta edición especial
en castellano
(traducción de MÓNICA ZORITA)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Reformas no revoluciones

No es necesaria una revolución para dar a las mujeres el lugar que merecen en la Iglesia, no es indispensable concederles el sacerdocio, ni siquiera el tan anhelado, pero al mismo tiempo temido, diaconado. Basta con un poco de valor y la capacidad profética de mirar al futuro con ojos positivos, aceptando cambios que muchas veces ya han sido inscritos en el orden de las cosas. En este número de "Donne, Chiesa e Mondo" intentamos proponer cambios que podrían ser implementados ahora mismo, sin tocar dogmas o códigos de derecho canónico. Siguiendo también las sugerencias delineadas en el sínodo sobre los jóvenes por el Cardenal Marx.

El Código de Derecho Canónico de 1983 abre a los laicos -y por tanto a las mujeres- a muchas posibilidades de participación institucional, aunque a la hora de la verdad, es necesario superar la resistencia de aquellos que, sin razón ni apoyo legal, intentan excluirlos de los roles más importantes. En este caso, como en muchos otros, los impedimentos consisten únicamente en la negativa de muchos a hacer realidad una paridad, en teoría reconocida y aceptada, pero que nunca se aplicaría concretamente.

Ciertamente, un obstáculo no insignificante para la práctica de esta igualdad radica en la disparidad en la preparación cultural de las religiosas en comparación con la reservada a los religiosos y a los sacerdotes. ¿Quién diría hoy que a principios del siglo XX las religiosas fueron de las primeras mujeres que se graduaron en las universidades públicas, que enseñaron en sus escuelas, que fueron las primeras en abrir cursos para enfermeras y escuelas de maestría para niñas? Pero desde el vanguardismo las religiosas se quedaron en la retaguardia.

Las mujeres -y en particular las religiosas- ya pueden ser invitadas a participar en muchos organismos, incluyendo el Consejo de Cardenales establecido por Francisco exactamente un mes después de su elección, o también a hablar en las congregaciones que preceden al cónclave.

Las organizaciones religiosas existentes, que eligen a sus representantes, pueden convertirse en interlocutores válidos de las instituciones eclesiales, ser consultadas en el momento de las decisiones y escuchar sus experiencias. Es preferible que la presencia femenina en la Iglesia sea la libremente expresada por las asociaciones, en lugar de la práctica actual de elegir figuras femeninas individuales por la jerarquía. Así se evitaría una relación paternalista hacia las religiosas y una selección que corre el riesgo de recompensar no a los más competentes, sino a las más obedientes. (*Lucetta Scaraffia*)

Las mujeres en posiciones de liderazgo en la iglesia ayudan a romper los círculos clericales cerrados

¡Ya es hora!

DE REINHARD MARX. Cardenal arzobispo de Munich y Frisinga, presidente de la Conferencia Episcopal Alemana

En el documento *Instrumentum Laboris* del Sínodo de los jóvenes, se subraya que “La cólera de los jóvenes por la corrupción desenfrenada, la creciente desigualdad estructural, el desprecio por la dignidad humana, la violación de los derechos humanos, la discriminación contra las mujeres [también en la Iglesia] y las minorías, la violencia organizada y la injusticia, no parece ser tomada con la debida consideración en las respuestas de las Conferencias Episcopales” (n. 128).

En 2013 los obispos alemanes se comprometieron con una declaración a: aumentar significativamente el número de mujeres en puestos de liderazgo en la Iglesia accesibles a todos los laicos; profundizar la participación teológica y pastoral de las mujeres (y de los laicos en general) en las tareas de liderazgo de la Iglesia; promover una pastoral sensible al género en la teología y la práctica. Para ello, se han puesto en marcha varios proyectos.

En 2015, los obispos alemanes trataron teológicamente en el documento llamado *Gemeinsam Kirche sein* (“Ser Iglesia juntos”) cuestiones de liderazgo en la Iglesia, también por parte de las mujeres.

Un programa de mentoría para mujeres en la Iglesia (de Hildegardis-Verein junto con la Conferencia Episcopal Alemana) mostró claramente la multiplicidad de funciones de liderazgo y preparó a casi cien mujeres para esa tarea. Durante un día de estudio, los obispos alemanes abordaron el debate sobre el género, también cuestiones más amplias relacionadas con la antropología y la moralidad sexual, la teología de los sacramentos y los ministerios, así como una mayor justicia de género en la Iglesia, más allá de los roles tradicionales de género y los modelos de roles igualitarios.

Un amplio estudio de 2018 llamado *Sexueller Missbrauch an Minderjährigen durch katholische Priester, Diakone und*

männliche Ordensangehörige im Bereich der Deutschen Bischofskonferenz (“Abuso sexual de niños por parte de sacerdotes, diáconos y miembros de órdenes católicas en el marco de la Conferencia Episcopal Alemana”) indica sobre todo “estructuras clericales en una gestión clerical en la Iglesia Católica” que han contribuido a este abuso sexual masivo y a su encubrimiento en la Iglesia. Las mujeres en posiciones de liderazgo en la Iglesia contribuyen decisivamente a romper los círculos clericales cerrados.

Si como pide el documento *instrumentum laboris*, la Iglesia quiere promover la dignidad de la mujer (cf. n. 158), no basta con repetir los textos magisteriales pertinentes. Tenemos que hacer frente a las exigencias de los jóvenes, a menudo incómodos e impacientes, en favor de la igualdad de la mujer en la Iglesia. Ya no podemos simplemente mantenernos al margen de los discursos del presente y debemos aprender de nuevo una cultura de confrontación, para encajar argumentando y ofreciendo orientación en los debates sociales sobre cuestiones importantes de la humanidad como la sexualidad, el papel de las mujeres y los hombres y la forma en que se configuran las relaciones humanas. Y, por amor a la credibilidad, debemos involucrar aún más a las mujeres en las tareas de liderazgo en todos los niveles de la Iglesia, desde la parroquia hasta la diócesis, pasando por la Conferencia Episcopal e incluso el propio Vaticano. ¡Tenemos que quererlo de verdad y también ponerlo en práctica!

La impresión de que cuando se trata de poder, la Iglesia es básicamente una Iglesia de hombres, debe ser superada en la Iglesia universal y también aquí en el Vaticano. De lo contrario, las mujeres jóvenes de nuestro entorno no encontrarán una verdadera oportunidad de éxito. ¡Y ya es hora!



Umberto Boccioni
«La città che sale» (La ciudad que se levanta)
(1910-1911, particular)



Estudiar en la celda

DE CRISTIANA DOBNER

¿Mujeres enterradas vivas? ¿Es esta la imagen que tiene de nosotras la sociedad de hoy? Hablar de cultura en los cementerios parece absurdo. Y, sin embargo, se encuentra, pero solo cuando los prejuicios están muy arraigados en la ausencia misma de la cultura.

Se podría recorrer la historia de las religiosas que respiraban cultura en los monasterios: desde la romana Marcella a la suiza contemporánea Silja Walter, pasando por la gran Hildegard de Bingen, sin embargo, el dominio directo sobre el tejido monástico actual es más creíble y disipa la leyenda de la no vida de las enterradas vivas.

La mujer monja de hoy no tiene nada que envidiar al monje varón: el proceso teológico no conoce diferencias de género ni capacidad cerebral.

Algunas anécdotas ponen de relieve la necesidad de una cultura bíblica y teológica para no dejar en un pantano de ignorancia a los que, buscados por Dios y buscándole, necesitan alimentarse de una fe reflejada.

Una religiosa de una familia rica, educada en colegios exclusivos, con la huella de la escuela “femenina”, descubrió la Palabra de Dios en la Biblia. En el monasterio no se las daban a las hermanas, así que ella contactó con un amigo sacerdote que la hizo reunirse con el presidente de la Asociación Bíblica y así la Biblia cruzó el sagrado recinto!

De ahí, no defender la tesis que dice que Ambrosio nació en Roma y que Benedicto y Francisco vivieron en el mismo siglo!

Ahora las jóvenes generaciones –¡porque existen!– llegan al monasterio no para enterrarse vivas, sino para vivir plenamente.

Si por la mañana el trabajo doméstico ocupa todo el tiempo, la tarde, en la soledad de la celda, se pasa con en el *studium veritatis*, en el *studium amoris*.

El rostro de Cristo incide en la historia de la joven religiosa y se refleja ubicuamente, porque la Palabra se refleja en todo el uni-

verso a través del microcosmos de la persona que ora. Así se cambia la historia, si se entra en sus nudos cruciales, se encuentra su significado volviéndolo hacia el resucitado.

El camino bíblico y teológico puede conocer las etapas (¡fatales!) de los exámenes, pero también puede no conocerlas porque la meta no está representada por un título, sino por el agua viva que gorgotea dentro y corrobora el ritmo monástico diario.

De gran ayuda son los cursos a distancia que permiten permanecer en silencio y soledad mientras uno se vuelca en el estudio.

Divertido (¡pero también ofende un poco!) cuando durante un examen te sientes interrogado: “¡Mire directamente a la cámara!” Parece que hubiera un *teleprónter* que facilitara el interrogatorio.

Quienes lo hacen no se han dado cuenta de que el estudio para las monjas es perfectamente libre. No es importante jactarse de un título u obtener una cátedra, sino ser transparente al misterio de la irrupción de Dios en la historia: en la contemporánea que encuentra respuestas; en la personal que responde como mujer del siglo XXI, graduada y cualificada para su profesión.

¿No es así como cae el problema de la “distracción”? ¿Dónde por distracción se entiende todo lo que se desvía de la presencia de Dios en la Palabra y en la Eucaristía?

Un verdadero conocimiento no distrae, sino que lleva a profundizar, a dejarse traspasar por el misterio, no a reducirlo a nuestro cerebro, sino a llevar, quizás con dificultad, nuestro cerebro al plano del infinito y del absoluto.

Así se establece otra relación con la historia, la de los acontecimientos cotidianos que afectan a la vida del cosmos, del planeta, de Europa, para llegar al microcosmos del propio monasterio.

Lo concreto de los hechos requiere una respuesta eficaz que sepa cómo convertirse en levadura y en una auto obligación. No

significa leer todos los periódicos y llenarse de cotilleos. Como sucedería si el prejuicio de los cotilleos estuviera relacionado con lo específico de lo femenino.

Se camina al lado de toda la humanidad, no en nubes imaginadas sino en realidades compartidas y sufridas al mismo tiempo.

La religiosa no está obligada a seguir las huellas mortificantes de trabajos serviles exclusivos, en los que la savia del pensamiento y del conocimiento se conservan y se encierran en un frasco para que sólo el alma pueda respirar y levitar.

Según la enseñanza del teólogo Ratzinger, la persona que hoy está abierta al infinito, viene tocada y dejada libre para adherirse.

El camino de la belleza sólo puede enamorar y transportar. Así caen las antiguas vestiduras, un legado de etiqueta del pasado y de los tiempos polvorientos, y deja espacio para una creatividad que escucha la Palabra y gasta su arco de historia para entrar en ella cada vez más profundamente.

El tiempo necesario para leer, para saborear los grandes textos de nuestra tradición, forja a una joven que no se limita a los servicios más bajos porque está segura de vivir en humildad y de obtener las gracias del Señor. Esta concepción es estéril porque humilla a la mujer y no la hace florecer por lo que es: una persona pensante.

El mundo monástico requiere servicios de trabajo manual, pero ¿no cuenta en el fondo la postura interior que hace que cualquier servicio esté impregnado de lo absoluto?

Aún sentimos el triste peso de una cultura masculina en la que las religiosas son como engranajes de trabajo, manos laboriosas y eso es todo. Hay que derribar algunos muros y, tal vez con las manos desnudas, hacer algunas aberturas, sólo así adquiere toda su luz la definición de la religiosa Hans Urs von Balthasar: “He encontrado a Dios”.

El testimonio se hace visible a los ojos de la fe y a quien se le descubre pensando.

No más sombras grises y obedientes

Insertar la presencia de unas mujeres aquí y allá no sirve de nada

DE LUCETTA SCARAFFIA

Si miramos con atención las diversas experiencias de la Iglesia que se están viviendo en el mundo, nos llama la atención el hecho de que en los sectores más diversos (cultura, pastoral, derecho, misiones, evangelización) las aportaciones más innovadoras, las que han tenido más éxito, han sido las de las mujeres, y más aún, las de las religiosas. Sí, precisamente las religiosas que –si se las observa desde la Santa Sede, o desde las instituciones centrales de las Iglesias locales– parecen sólo sombras grises y obedientes, felices con su papel resignado y olvidado.

Pero si se mira hacia arriba y se observa lo que está sucediendo, se descubre que las religiosas, que siguen siendo la gran mayoría de las personas consagradas, han cambiado mucho: llenas de proyectos y de vida, constituyen en realidad para la Iglesia un punto de fuerza fundamental, un tesoro, al que las jerarquías nunca se refieren. Por ejemplo, en frente del Vaticano está la sede de la UISG, la Unión Internacional de Superiores Generales, uno de los principales institutos de vida activa del mundo.

Si entras por esa puerta, no encontrarás una atmósfera burocrática y modesta, sino vida, proyectos, un alcance mundial y una mirada al futuro. Pero la presidenta y la junta directiva nunca son consultadas por los órganos de gobierno de la Iglesia, como si no tuvieran nada que decir. Escucharlos no sería una decisión revolucionaria: la institución ya existe desde hace décadas, tiene una sólida experiencia en varios campos, conoce a fondo la situación de los católicos en el mundo, es fecunda en ideas y en nuevas experiencias de evangelización.

Cabe preguntarse por qué en un contexto en el que hay maneras de dar un rostro sinodal a la Iglesia, nunca se ha pensado en implicar a los representantes de esta y otras asociaciones mundiales de religiosos en las reuniones: ¿no sería necesario quizás tener su voz en las reuniones del consejo de cardenales constituido por el Papa, y no sería indispensable prever su participación activa en las congregaciones generales que preceden y preparan el cónclave?

Del mismo modo, ¿no podrían las Conferencias Episcopales de los

distintos países implicar a las congregaciones de hermanas comprometidas con ellas, para escucharlas y, eventualmente, evaluar sus propuestas? ¿No sería prudente y útil involucrarlas en el discernimiento que precede a cualquier promoción de un sacerdote dentro de la Iglesia? Cualquiera puede apreciar que, en los momentos de toma de decisiones de la vida de la Iglesia, no se cuenta con las mujeres y menos con las religiosas, no son escuchadas, como si no existieran, como si durante milenios no hubieran construido la tradición cristiana junto con los hombres.

Si realmente se quiere dar un golpe al clericalismo, hay que partir de ahí, de las religiosas, y no tan solo a nivel individual –lo que, por supuesto puede pasar, pero sólo en casos de competencia específica–, pero sobre todo en la forma colectiva de las asociaciones existentes.

Porque insertar la presencia de algunas mujeres aquí y allá en los departamentos, generalmente aisladas y elegidas entre las más obedientes, no cambia nada. Es sólo como tener una hoja de una higuera, que simbólicamente significa algo, pero

en realidad sigue teniendo poca relevancia. Si nos paramos a pensar que en la congregación de los religiosos –donde las mujeres representan casi dos tercios del número total de los miembros– sólo hay una subsecretaria, obviamente abrumada, por mucho que se pueda hacer para que su voz sea escuchada por todos los sumos sacerdotes, se comprende cómo las religiosas nunca son escuchadas en su realidad global, a través de personas elegidas por ellos.

La decisión de implicar a las asociaciones religiosas –cuyas líderes son elegidas democráticamente– es la única manera de escapar del peligro evidente del paternalismo.

Esta propuesta choca con un prejuicio muy arraigado: el hecho de que escuchar a las religiosas no tiene ningún interés, que las religiosas no piensan nada, que están desprovistas de cultura y que su trabajo es el de servir (casi siempre con respecto a los sacerdotes). Escuché una vez a un líder del Vaticano llamar a las religiosas “cabezas de algodón” para subrayar su pobreza intelectual. En este sentido hay muchos ejemplos: las hermanas que trabajan incesantemente en el Vaticano en tareas de servicio deben mantener un control sumiso, aceptar que su trabajo intelectual vendrá atribuido por el superior de turno y desaparecer en lo esencial como personas individuales. “Ellos son los que lo prefieren así”, me dicen a menudo...

Como si el autosacrificio fuera la única manera de vivir la vocación religiosa, como si ésta no fuera la única moneda de cambio que disponen las congregaciones femeninas para obtener algo que necesitan, como si quisieran cerrar los ojos delante de la realidad: el sacrificio de las mujeres sólo se utiliza para fortalecer el poder de quienes ya lo tienen.



EN EL CONVENTO BENEDICTINO DE FAHR

De tradición a profecía

de BARBARA CAMPLANI

A finales de octubre, una fotografía de quince monjas sonrientes y orgullosas comenzó a circular en los medios de comunicación; en sus manos había carteles que decían: “Yo voto por las mujeres católicas”. Una imagen potente procedente de un rincón remoto de Suiza, del convento benedictino de Fahr.

Esta acción se inscribe en una campaña internacional de protesta contra las desigualdades de género presentes en el sínodo sobre los jóvenes, donde se admitió entre los votantes a un par de padres superiores no ordenados, pero no se admitió a madres superiores. Una desigualdad que no tiene causas doctrinales, sino que es sólo el resultado de una mentalidad difícil de erradicar.

La priora del convento, Irene, me recibe cordialmente y, en las pausas entre las horas de oración y de trabajo que marca el día benedictino, comenta. “Nosotras, las mujeres, somos parte de esta Iglesia y, por tanto, debemos ser capaces de hacer oír nuestra voz y hacer nuestra aportación”.

“Nuestra acción continua, es el resultado de un largo camino juntos sobre esta cuestión”. La palabra “camino” no podría ser más adecuada: en 2016 las hermanas de Fahr fueron protagonistas de una peregrinación a pie desde San Galo (Suiza) a Roma para pedir al Papa

una Iglesia “con mujeres” que realmente incluya e implique a las mujeres. La peregrinación, sobre la cual se filmó el documental *Habemus feminas* y se publicó el libro *Einweiter Weg*, contó con la participación de más de mil mujeres, hombres, laicos, consagrados y obispos. Lamentablemente al llegar a Roma no pudieron obtener audiencia con el Papa o con sus colaboradores.

Permítanme que les pregunte si han perdido la esperanza: “No”, dice de forma convincente. “El Papa Francisco ha dado pasos importantes, como, por ejemplo, establecer para María Magdalena una liturgia igual a la de los apóstoles, elevándola al mismo nivel”. Irene cruza sus manos, su historia se convierte en oración: “Pero espero que el Papa concrete aún más sobre este tema”.

El convento de Fahr muestra cómo hombres y mujeres pueden trabajar juntos. Es uno de los pocos dobles que quedan en el mundo: la congregación masculina está en Einsiedeln y la femenina en Fahr, pero entre las dos hay colaboraciones importantes y el abad es el mismo.

En la actualidad quedan veinte hermanas en Fahr, que afrontan la crisis de las vocaciones con serenidad. “El convento fue fundado en 1130 y se ha convertido en un punto de referencia para la comunidad”, dice Irene. “Tal vez en el futuro

no serán las hermanas, sino un grupo de mujeres las que trabajen aquí para hacer que este lugar continúe. Pero el convento seguirá existiendo como un lugar de espiritualidad, de eso estoy segura”.

“Estamos dispuestas a cambiar con la sociedad”, añade la hermana Petra, la más mayor con sus 86 años, quien se ríe como una niña cuando intenta recordar algunas frases en italiano. La hermana Petra era maestra y le pregunté de qué tema: “De la vida”, respondió. “Yo les enseñaba a las campesinas de la región a vivir. Mis temas eran la nutrición, la higiene, el hogar y el cuidado de los niños”. Muchas de esas mujeres decidieron llamar a sus hijas Petra, como signo de gratitud y afecto.

Hoy el convento ya no es una escuela, pero las hermanas tienen la satisfacción de haber vivido plenamente su vocación espiritual y evangélica. “Sé –confiesa Petra– que he estado en el convento sesenta y cuatro años y que he tenido una vida plena”. Pregunto qué futuro espera para la Iglesia: “Me gustaría que las mujeres se sintieran animadas y gratificadas de nuevo a elegir este camino –responde ella– para así, transmitir felices el mensaje de Dios. Creo que hay una necesidad de cambio, de lo contrario no sé dónde terminará la Iglesia. Y para que esto suceda, necesitamos mujeres”.

Una revolución olvidada

DE AGNESE CAMILLI

En el derecho canónico hubo una revolución en 1983, cuando entró en vigor el código vigente, acogido con gran interés a la luz de las importantes reformas introducidas, empezando por un nuevo lenguaje, en muchos sentidos igualitario, sobre las tareas y los papeles de los *Christifideles*.

De particular importancia fue el segundo libro del código, eficazmente llamado *De populo Dei*, que abrió la primera parte del tratamiento con la definición del término *Christifideles*, que reunía a todos los fieles en una sola categoría, cualquiera que fuera su papel en la Iglesia.

Los trabajos preparatorios del Código documentaron ampliamente la importancia y la profundidad del debate sobre el “problema de la definición” y el profundo estudio tenía por objeto detectar la misión unificadora e identificativa de la Iglesia.

Después de todo, el Concilio Vaticano II trazó este camino y la recepción en el ámbito de la codificación formalizó y concretizó un camino que dejó atrás importantes rigideces que podemos definir como clericales.

Han pasado años desde aquel momento y la historia de nuestros días ha consolidado algunos logros, aunque la importante presencia de la mujer en todos los aspectos de la vida de la Iglesia presupondría la concreción de mayores resultados.

Las mujeres son actualmente un punto de referencia esencial en todas las actividades y funciones. La evangelización está repleta de importantes ejemplos contemporáneos, así como que las mujeres están presentes, discretas pero tenaces, en todos los ámbitos que sostienen la vida y la estructura de la Iglesia en todas sus manifestaciones.

Sin embargo, a pesar de las importantes aperturas logradas con el tiempo y anunciadas en documentos pontificios fundamentales, el camino hacia el reconocimiento de la plena igualdad todavía no parece estar del todo abierto, aunque el cambio de lengua debería estimular un cambio de mentalidad. En la *Evangelii gaudium*, por ejemplo, el lenguaje adoptado es significativo: “un pueblo para todos”, “todos somos discípulos y misioneros”, “de persona a persona”.

En la misma exhortación apostólica, la enseñanza de la Iglesia sobre las cuestiones sociales es plena, y se expresa la referencia y la llamada a abrirse y a ser portadores del mensaje de San Francisco y de Santa Teresa de Calcuta, un hombre y una mujer.

Son muchas las *Christifideles*, sean religiosas o laicas, que desempeñan papeles de importancia fundamental tanto para las órdenes a las que pertenecen como cuando son llamadas a colaborar en las oficinas de la Curia romana.

La nota que distingue su presencia es la *comprehensio* plena, en el sentido etimológico del término, de la situación en la que están llamados a colaborar o han optado por hacerlo.

El canon 208 reconoce la plena fuerza de la igualdad entre los fieles: la igualdad de dignidad y de acción, cada uno según su propia condición y su propio *munus*, tal como lo traza la *Lumen gentium*, aunque esto todavía sigue dando pasos poco a poco.

En la práctica, no hay confirmación de lo que se ha declarado plenamente en el Código y en los documentos publicados posteriormente.



Massimo Campigli
«Las tejedoras»
(1950,
particular)

Basta pensar en la evolución que se ha producido a lo largo de los años en el ámbito judicial.

Los lugares donde se administraba la justicia en el ámbito eclesiástico en general eran, hasta 1983, casi exclusivamente para los hombres, mientras que hoy en día las mujeres constituyen una parte importante de la acción constitutiva de la Iglesia en el mundo. Religiosas y laicas competentes y formadas, atentas a las exigencias de una vida globalizada pero siempre pendientes de las necesidades de las realidades particulares, constituyen, sostienen y promueven estructuras en las que se han convertido en puntos de referencia sólidos y continuos.

Ya se ha dado algún paso en esta dirección, aunque pequeño y tímido, y ya se pueden ver los frutos, aunque queda mucho, mucho por hacer. El hecho llamativo es que, mientras que, en el trabajo cotidiano, el elemento femenino constituye una constante decisiva de referencia, cuando se miran los altos cargos de las oficinas, de repente la presencia femenina disminuye hasta que desaparece, de forma indistinta y transparente.

El derecho canónico no anula, ni debe anular, la diferencia entre hombre y mujer. Si lo hiciera, negaría aspectos objetivos de la realidad, pero otra cosa es admitir, implícita o explícitamente, condiciones de desigualdad.

Entonces, ¿qué se puede esperar al cruzar el umbral?

Valientes profesionales con probada dedicación y formación, animan desde hace años los despachos judiciales del mundo eclesiástico y vaticano, combinando completamente niveles indiscutibles de competencia, capacidad de gestión y de profundización humana y profesional.

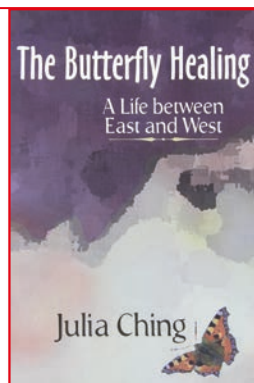
Tampoco podemos recurrir a “motivaciones” y “justificaciones” de más o menos compleja naturaleza...

Una cosa es depender de esta cuestión desde la perspectiva del poder del orden; y muy diferente es inyectarla en el poder de la jurisdicción donde, es muy posible, de hecho obligado, empezar a tener que disponer.

MUJERES VALIOSAS

DE GIANNI CRIVELLER

Julia Ching, que murió en 2001 a la edad de 67 años, fue una sinóloga de renombre mundial por sus estudios de las religiones y la filosofía de China. De entre sus numerosos libros, dos son considerados fundamentales para el estudio de los dos filósofos confucianos Zhuxi y Wang Yangming. Hans Küng la eligió como interlocutora académica para la redacción del libro sobre las religiones chinas, como parte de su conocido proyecto de comparación entre el cristianismo y las religiones del mundo.



Murió después de una larga batalla contra el cáncer, en la que tuvo altibajos. Una historia que describió como un viaje largo e íntimo en su bella autobiografía *The Butterfly Healing* (La sanación de la mariposa) en 1998. Los primeros signos de la

Julia Ching

enfermedad aparecieron cuando Julia era una monja católica en Taiwán, miembro de la Orden Ursulina. Mientras se duchaba, descubrió un quiste en su pecho, pero la superiora no le permitió que le hicieran los controles oportunos, lo que contribuyó al empeoramiento de la enfermedad y, años más tarde, al abandono de la vida religiosa que puso en peligro su fe católica.

La familia Ching huyó de su Shanghai natal durante la Segunda Guerra Mundial para encontrar refugio en

Hong Kong. Julia, nacida en 1934, iba a colegios católicos en la antigua colonia británica desde muy temprana edad. La escuela de secundaria de niñas estaba dirigida por las monjas italianas de Canosia, su presencia le influyó mucho y a los 16 años decidió bautizarse en la Iglesia Católica. Frank, su hermano, siguió su ejemplo. Siendo una joven brillante, se trasladó a los Estados Unidos para realizar los estudios universitarios en el New Rochelle College (Nueva York), que pertenece

a la orden de las Ursulinas. Atraída por la personalidad de Sor Hilda, su profesora de filosofía, Julia decidió responder a la llamada de la vocación religiosa. Obtuvo un máster por la Universidad Católica de América (Washington), pero no convenció a sus superiores para seguir estudiando y, de acuerdo con la mentalidad de que el espíritu de obediencia debía ser puesto a prueba, fue enviada a una remota zona montañosa de la isla de Taiwán. Algo que Julia aceptó obedeciendo con devoción. La comunidad religiosa era francesa, y aunque Julia hablaba muchas

lenguas, tenía dificultad para expresarse en francés y además no hablaba la lengua de la gente, el chino. La superiora, la misma que no se alarmó con los primeros signos de cáncer de Julia, no sólo no mostró simpatía por su joven hermana china educada en América, sino que leyó sus cartas, violando las reglas de orden que protegían el derecho a la privacidad. Después de la triste experiencia vivida en Taiwán, Julia no abandonó la vida religiosa, pero sí lo hizo al volver después del primer cáncer, ya que se sentía cada vez más ajena y extraña. El médico confirmó que

lo más probable es que el empeoramiento de la enfermedad se produjera por el retraso de la intervención inicial. Más tarde volvió a la investigación académica: obtuvo un doctorado en estudios asiáticos en la Universidad Nacional de Australia (Canberra) además de puestos como docente en las prestigiosas universidades de Columbia y Yale (EEUU), y terminó su vida académica como profesora en la Universidad de Toronto. Se casó con su colega Willard Oxtoby, un erudito del sur de Asia quien estuvo cerca de ella con afecto y devoción hasta el

final. La pareja adoptó a un niño de origen chino. La historia de Julia Ching es fascinante y desgarradora. El memorial autobiográfico, enriquecido con visiones culturales, religiosas y filosóficas de la gran tradición china de la que es intérprete, nos introduce en el alma de Julia, una mujer que vivió entre Oriente y Occidente, cruzando religiones, culturas y filosofías como protagonista. Su historia es la de una mujer asiática, decidida y valiente, que experimentó la generosidad de la conversión y la elección del convento; una insensibilidad cruel en la vida religiosa católica; →



Derecho a un programa de estudios sólido y coherente

DE NICLA SPEZZATI

Simone Weil en su ensayo *Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios*, se refiere al estudio como sabiduría de la mirada, subrayando el valor femenino de esa actitud de aprendizaje que, enriquecida con datos y nociones, los supera en la visión del alma, como síntesis fecunda que no permite endurecer, en estereotipos y formas ancestrales, a las personas, situaciones e instituciones. La hembra conduce a la gestación y genera, rechazando el estancamiento y los hundimientos en los que pueden gemir el intelecto, la vitalidad y las prácticas. Simone Weil señaló que la atención al ser humano y sus significados universales, además de las diferentes afiliaciones, es fundamental para el tercer milenio: “El cristianismo debe contener en sí mismo todas las vocaciones, sin excepción, porque es católico”. Pero las mujeres consagradas necesitan tener la posibilidad concreta de seguir por este camino de habilitación.

En 2017, el Papa Francisco aprobó la publicación de las directrices del documento «Vino nuevo en odres nuevos» elaborado por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, que ve

Las consagradas deben recibir una adecuada preparación cultural

con buenos ojos los estudios para las religiosas, pero en los que se refleja una actitud de resistencia a esta nueva mentalidad en la comunidad eclesial, y a veces incluso entre las mismas mujeres consagradas. A pesar de los considerables progresos realizados, hay que reconocer que aún no se ha logrado una síntesis y purificación equilibradas de los patrones y de los modelos heredados. Persisten demasiados obstáculos en las estructuras y demasiada desconfianza cuando existe la oportunidad de dar a las mujeres “espacios de participación en diversos sectores y a todos los niveles, incluidos aquellos procesos en que se elaboran las decisiones, especialmente en los asuntos que las conciernen más directamente.” (exhortación apostólica *Vita consecrata*, 58).

Para abrir estas posibilidades a las mujeres consagradas, deben recibir una adecuada preparación cultural, nunca minoritaria; los institutos de vida consagrada, tanto para hombres como para mujeres, “han tenido siempre un gran influjo en la formación y en la transmisión de la cultura” (*Vita consecrata*, 98). El ardor y la dedicación presentes en la vida de la mujer consagrada deben ser apoyados por el estudio: “Sin la verdad, la caridad es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad” (*Caritas in veritate*, 4).

De varias voces viene la invitación al estudio sistemático de las ciencias y de la teología en su pluralidad y no solo, para no retroceder, con respecto a los caminos seguidos en el período postconciliar inmediato. La presión de las obras conduce a menudo a la elección de caminos culturales universitarios cortos, devaluando así un patrimonio de competencias que los institutos con

previsión han favorecido y promovido en el siglo XX. Paradójicamente, en el pasado más que en la actualidad, las congregaciones aparecían como exploradoras de la cultura, haciendo que las religiosas estudien y haciendo que sigan nuevos caminos, escuelas y hospitales. En Italia, como en otros países europeos, las primeras mujeres que asistieron a las universidades públicas a finales del siglo XIX fueron religiosas. Y desde principios del siglo XX, en los Estados Unidos de América, las religiosas han asistido a facultades universitarias de humanidades, disciplinas científicas y artísticas. En esencia, las religiosas fueron pioneras de la educación femenina en el ámbito secular, en años en los que todavía estaban excluidas de las universidades católicas, y por lo tanto de la posibilidad de estudiar exégesis, teología o derecho canónico. Después del Concilio Vaticano II estas puertas se abrieron con la posibilidad para muchos investigadores e intelectuales de entrar con creatividad y coraje en debates culturales abiertos y, sobre todo, de abrir otros nuevos.

Hoy, con las tendencias críticas de las culturas en los procesos de mutación y refundición del ser humano, se hace un llamamiento urgente a las autoridades de las instituciones, para que presten especial atención a la persona: “El compromiso de estudiar no puede reducirse a la formación inicial o a la obtención de cualificaciones académicas y profesionales. Es más bien una expresión del deseo insatisfecho de conocer más profundamente a Dios, abismo de luz y fuente de toda verdad humana” (*Vita consecrata*, cit.). Se propone que las *rationes formationis* del instituto sean revisadas y completadas con *rationes studiorum*, para garantizar a las mujeres consagradas, así como a los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa, un curso de estudio coherente y sólido, adecuado a la identidad y a la misión que se les ha dado de vivir en la Iglesia.

La verdad, *alètheia*, requiere un movimiento vivo y libre de acercamiento, un camino impulsado por el asombro, una nostalgia de la revelación. Aristóteles configura una imagen de la verdad revelada como luz que nos rodea y envuelve, mientras que el ojo de nuestra inteligencia es similar al ojo de los murciélagos: no puede ver cuando hay luz viva (cf. *Metafísica*, II, 993). El estudio, por lo tanto, como camino hacia la verdad, requiere que el ojo interno se entrene en la búsqueda y aplicación amorosa del alma en una obra tan fascinante. El único capaz de encender el cambio y la transformación.

No son las macroevoluciones, sino los micro procesos, instituidos, queridos y perseguidos los que cambian la historia. Las macroevoluciones generan violencia y dureza. Los micro procesos provocan el cambio en las experiencias concretas, transforman aparatos viejos, engranajes improbables, modifican resistencias hasta el final amargo con un ligero toque. En los procesos históricos, las mujeres han ofrecido un aporte peculiar, sin revoluciones, manejando la vida cotidiana con tenacidad ingeniosa y crítica. Así, para las mujeres consagradas, los giros son fruto de micro procesos, intuiciones, decisiones, acciones audaces, a veces silenciosas: de la inteligencia al centro del corazón, donde se decide por el *humanum* y por Dios. Con ligereza.

→ la discriminación y la subalternidad a la que se vio obligada una mujer, además oriental, en círculos académicos dominados por hombres. Aquel cáncer que no fue tratado a tiempo regresó cuatro veces para alterar su vida y sus proyectos. La última fue irremediable. El dolor y el pensamiento de la injusticia sufrida mientras era religiosa regresaban como una pesadilla que trastornaba sus noches, sus sueños y su alma. Escribió una carta a la Hermana Hilda, que se había convertido en Superiora General, denunciando la hostilidad de la Superiora taiwanesa y la enfermedad que repetidamente la ponía en peligro de muerte. Hilda la invitó a perdonar y confiar en Dios. Pero a Julia le costó creer en ese Dios otra vez. Hubo muchos momentos de desánimo, en los que se preguntaba cuál era el sentido de su vida; la razón de tanto dolor. En uno de los intentos de mejora, se establecieron tratamientos convencionales, operaciones quirúrgicas invasivas, quimioterapia y psicoanálisis, pero también, por sugerencia de amigos asiáticos, probó el camino de la medicina china, tratamientos herbales que habían curado a otras personas, y las disciplinas de la meditación oriental. En las páginas más conmovedoras de su autobiografía, Julia describe sus temores y su conflictiva relación con Dios, de la que sabe que ya no puede escapar. ¿Dónde puedo encontrar la fuerza para luchar? ¿Por qué me pasa a mí? ¿Y quién soy yo? Soy china, americana, católica, ¿soy una exmonja? ¿Soy confuciana, budista o taoísta? ¿En qué creo? ¿En quién creo? “Todavía me considero cristiana, católica, pero también espiritualmente taoísta, budista e incluso confuciana. Vengo del Oriente, y mi enfermedad y mis intentos de curación me han empujado a volver, culturalmente, a mis raíces”. Fue entonces cuando decidí perdonar a Dios. “Estaba enfadada con Dios, pero al mismo tiempo no tenía a nadie más a quien recurrir. Pero incluso cuando estaba más enojada, nunca llegué a negar a la Iglesia, ni mi orden, ni mi vida religiosa pasada. Pero todavía tengo que aprender a perdonar. Las personas más difíciles de perdonar somos yo y Dios. Cuando estaba en el noviciado, me entregué a Dios. Hice un trato privado con Él. Le dije que podía hacer cualquier cosa conmigo, incluso hacerme sufrir. Tal vez Dios me ha tomado demasiado en serio. Ahora ya no creo en este tipo de pactos”. Julia Ching murió como católica, y su funeral se celebró con una santa misa. En sus momentos más duros como la inmersión en la cámara hiperbárica, o las operaciones para eliminar los tumores cancerígenos, Julia se apoyaba en la oración, recitando en latín los versículos de los salmos que había aprendido durante su noviciado.

*Cuántas
más
religiosas
bien
formadas
tengamos,
mejor
podremos
hacer
nuestro
servicio*

DE RITA MBOSHU KONGO

Las mujeres de países del Tercer Mundo sin duda encuentran en la Iglesia una posibilidad muy importante de educación y de preparación profesional, en lugares diferentes y únicos. Y esta posibilidad concierne también, obviamente, a las que eligen la vida religiosa, una opción que a menudo maduran en las escuelas a las que asisten, dirigidas por monjas. Este acceso a la educación es una posibilidad importante, uno puede incluso definir una necesidad debido a su misión como mujer. Esto es aún más cierto para las religiosas llamadas a servir en todo el mundo, que tienen el derecho y el deber de estar bien formadas, bien preparadas para llevar a cabo el servicio que se les pide.

El proceso escolástico de preparación de las religiosas es insuficiente. La formación a la vida consagrada son sólo tres años y para muchas el estudio se termina allí, con la evidente consecuencia de que su destino será el del servicio doméstico, de trabajos de esfuerzo. Luego están aquellas que pueden continuar gracias a las becas y que mejoran sus estudios, generalmente en Roma. Estas últimas pueden dividirse en dos categorías: las que han recibido becas y están alojadas en colegios universitarios y las que tienen sus casas madre en occidente y son enviadas a estudiar allí. Estas últimas, en general, tienen la obligación de estudiar y asistir a cursos sin suspender su vida de servicio o el trabajo manual al que les destina la institución a la que pertenecen.

En general, las becas permiten a las hermanas muy poco tiempo de preparación, que no incluye el tiempo necesario para aprender el idioma en el que se imparten las clases y el entorno necesario para hacer frente a las nuevas asignaturas y a los nuevos métodos de estudio, un periodo de tiempo que, en cambio, se concede habitualmente a los sacerdotes y seminaristas, que entre otras cosas no están sujetos a la obligación de realizar tareas domésticas.

En resumen, se trata de una oferta de estudios mucho menor que la de los varones, como si la educación de las mujeres fuera un problema opcional y secundario.



Hacer estudiar a una religiosa no es perder el tiempo

Pero los tiempos han cambiado, las mujeres quieren ocupar posiciones de liderazgo como los hombres, ya que saben que fueron creadas a imagen y semejanza de Dios.

Las religiosas que viven en sus comunidades deben tener tiempo para estudiar y ser libres de hacer programas o proyectos, porque el estudio es un tiempo de preparación para el servicio a la Iglesia. Cuántas más religiosas bien formadas tengamos, mejor podremos hacer nuestro servicio. Soy consciente de que los tres años de formación a la vida consagrada no son suficientes y no pueden ser suficientes para comprender qué es el servicio a la Iglesia, cómo debe hacerse y por qué se hace.

Nuestra urgencia no es ocupar lugares, sino formar personas capaces para que den lo mejor de sí mismas, porque no se puede dar a los demás lo que no se tiene, como dice el proverbio italiano: "La barrica da sólo el vino que tiene", que viene a decir que

no se puede pedir a una persona que haga algo fuera de sus capacidades o posibilidades. A las mujeres consagradas se les debe dar el tiempo y los medios para estudiar bien, de esta manera tendrán la oportunidad de conocerse y desarrollar su autoestima, para poder apreciar las buenas cualidades de los demás, para ser exigentes consigo mismas antes de serlo con los demás, para ser objetivas y comprensivas al mismo tiempo. La que no se conoce bien o la que no tiene autoestima, vive bajo la influencia del miedo: miedo a no conocerse a sí misma, miedo a su propia responsabilidad y miedo a la libertad de los demás. En resumen, miedo a sí misma y a su vacío interior. Esta inseguridad personal no ayuda a la religiosa en su apostolado; al contrario, la lleva casi inevitablemente a adoptar actitudes de rigidez, severidad, fijación, rigor e inflexibilidad con los demás.

Son cosas conocidas, pero las repito porque muchas veces el estudio

de una religiosa está visto como un tiempo perdido, como si la hermana, al estudiar, perdiera el sentido de obediencia y humildad. Desafortunadamente esta sigue siendo la opinión que la gente tiene de las monjas que estudian, porque creen que a la religiosa, el hecho de haber estudiado, se le sube a la cabeza. Pero en mi poca experiencia puedo decir que el estudio me ha ayudado a comprender el sentido más profundo del servicio, a percibir las dificultades de los demás. Agradezco mucho a mi superiora haberme dado esta oportunidad. No se puede exaltar el aspecto de Jesús como siervo, olvidando al Jesús maestro que enseñaba en el templo. Esto quiere decir que existe también lo que se podría llamar apostolado o servicio intelectual.

Pidamos a la Madre Iglesia que se comprometa en la formación de las religiosas: hermanas capaces de hacer opciones radicales por Cristo y por la dignidad de la mujer. Formar religiosas luchadoras que tengan el coraje de denunciar y decir no a los antivalores que humillen a las mujeres y empobrezcan el sentido y el valor de la consagración religiosa. La Iglesia necesita religiosas que puedan hacer un servicio intelectual a todos los niveles para redescubrir el auténtico valor del servicio.

Contagiados por la luz

Entre los evangelios con los que se abre el año se escucha el testimonio dado a Jesús por Juan el Precursor, que dis-cierne y anuncia la presencia de Cristo que debe crecer mientras disminuye (cf. Jn 3, 30), descentralizándose para convertirse con todo su corazón en un signo que se refiere a él. La iconografía a menudo nos recuerda esto al resaltar el dedo índice de Juan apuntando hacia él.

No se nos da la fe así porque sí, es necesario el testimonio humano, y Juan parece iniciar este movimiento de traditio en el reconocimiento de Jesús, que se revela como el que bautiza en el Espíritu Santo. Juan asegura que no conoce a quien estaba antes que él, pero sabe reconocer los signos de su venida, sabe preparar el camino cumpliendo su tarea, con lo que se le da para vivir, reconociéndolo como proveniente del Padre.

En los versículos que preceden a nuestro pasaje leemos un testimonio negativo: a Juan se le pregunta por su identidad y responde con verdad y franqueza lo que no es: no es ni Cristo, ni Elías, ni el profeta. Dice de sí mismo que es "Yo soy una voz que grita en el desierto: Allanen el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías" (Jn 1, 23).

"Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios", (Jn 1, 1): la Palabra, la Palabra hecha carne que el misterio de la Navidad nos hizo contemplar, es la luz verdadera que ha venido al mundo para iluminar a todo hombre (cf. Jn 1, 9). Y un hombre que vino a "dar testimonio de la luz", escribe el evangelista, cuyo nombre era Juan, que

vino como "testigo para dar testimonio de la luz" (Jn 1, 7).

Esta es la tarea del Precursor, y con él, el de todo creyente: hacer resplandecer la presencia del Hijo, el que viene, el que ya está en medio de nosotros.

"Ver a Jesús que viene hacia él": Jesús viene, y Juan ve a Jesús que viene. Necesitamos ser capaces de ver y reconocer esta venida de él, de la cual necesitamos ser testigos.

"No lo conocía": hay un acercamiento, una profundización de la relación. Lleva tiempo, como para cualquier relación, que requiere esperar a que se nos acoja, se nos conozca, se nos encuentre. Lleva tiempo "para que el deseo, purificado por la escucha, se convierta en un ojo capaz de ver lo que ya está dado" (Silvano Fausti). Juan espera a Jesús sin conocerlo, pero puede conocerlo precisamente porque lo espera.

Lo reconoce por sí mismo y lo señala a los demás, hace un signo, es un signo de la presencia de Jesús, el maestro. La identidad de Jesús se especifica en la boca del Precursor: él es "el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo". La palabra puede indicar el subirse a los hombros, el compartir, pero también quitar, liberar: el encuentro con el Señor puede hacer que uno sea capaz de superar el pecado, la raíz de todos los males, la fuerza que origina los comportamientos que se alejan de la luz, las tinieblas que afectan la capacidad de ver y distinguir.

La voz del Padre le permite ver y contemplar lo que queda del Espíritu sobre Jesús, en Jesús. El Espíritu desciende de lo alto y permanece sobre él: serán los primeros discípulos, "el día después" en

permanecer con Jesús (cf. Jn 1,39).

"Y he visto y atestiguado": la visión externa se convierte en un conocimiento íntimo, en la posibilidad de profundizar la mirada interior, y esto da forma a toda la existencia.

En todo nuestro recorrido Jesús no pronuncia una palabra. Él es el que viene a Juan, para quien se convierte en objeto de contemplación, revelación de la relación entre el Padre y el Hijo a través del Espíritu. Juan nos hace partícipes de esta contemplación gracias a su testimonio, a su ser signo de la presencia del Señor.

Pidamos, pues, al Señor que nos ayude a reconocer su presencia, a esperarle en nuestras vidas para que podamos encontrarnos y así poder conocerle y reconocerle. De este modo, llenos de su luz, contagiados por el testimonio de Juan, nosotros también podemos, personal y comunitariamente, señalar al Señor Jesús, convirtiéndonos en un signo asombrado y gozoso de su presencia.

Tiziano, San Juan Bautista (1542)



Cuerpo de mujer

Del Génesis al Apocalipsis, puede ser estudiado con distintas persepectivas

DE XABIER PIKAZA

La mujer bíblica es un cuerpo, no como una materia opuesta al alma, sino como una carne personal, en referencia al hombre (a los otros seres humanos) y a Dios, en una historia mesiánica abierta a la realización futura. Este cuerpo de una mujer en la Biblia puede ser estudiado desde diferentes perspectivas, con diferentes argumentos, que presento aquí de manera general, trazando una visión que va desde el Génesis hasta el Apocalipsis, en la perspectiva de la exégesis canónica o creyente.

Génesis 1-2. El cuerpo de una mujer, una relación. La mujer bíblica no es un cuerpo-diosa, como Venus o la Madre divina, desde el vientre y desde el seno grande, que encontramos no sólo en los pueblos de esa zona, sino en la misma tierra de Israel, donde ella estaba junto al hombre-toro, la imagen más frecuente de la divinidad. Esta diosa-mujer (Ashera, Ishtar/Astar o Reina del Cielo) ha sido borrada y rechazada por la Biblia, pero su sombra (vacía) a menudo reaparece, desde el Pentateuco hasta el Apocalipsis de Juan.

La diosa cuerpo desaparece y el cuerpo concreto de la mujer emerge en su lugar, ligada al hombre en igualdad de condiciones, como se dice en Génesis 1, 27-29 (‘‘los creó varón y mujer’’), formando así la única humanidad, a imagen y semejanza de Dios. El primer símbolo de la humanidad no es un hombre o una mujer, sino los dos unidos, como un cuerpo dual, portadores de vida (sean fecundos y multiplíquense), con dominio común sobre la tierra.

Inmediatamente después de decir ‘‘los creó varón y mujer’’, el Génesis 2, 4-25 afirma que, desde una perspectiva diferente, Dios comenzó creando un Adán o al (‘‘ser humano’’) en su totalidad, con dominio sobre los animales, pero en soledad, sin compañía. Poco después, para hacerle compañía, Dios le envió un letargo, le quitó una costilla del cuerpo y moldeó con ella a una mujer de carne y hueso, de modo que el hombre desapareció en su totalidad y dos de ellos nacieron como personas: el hombre (con una parte fuera de sí mismo, en la mujer) y la mujer (también con una parte fuera de sí mismo, en el hombre).

Hombre y mujer nacieron al mismo tiempo, ya como personas, para que el hombre resultante pudiera proclamar la palabra (como la de Dios en Génesis 1), ratificando la identidad de la mujer que ya se estaba levantando ante

él, como un cuerpo en relación, es decir, como persona: ‘‘Esta vez es carne (basar) de mi carne y hueso de mis huesos (...). Por esta razón el hombre (ish) abandonará a su padre y madre y se unirá a su esposa (issah) y los dos serán una sola carne (basar)’’. (Génesis 2, 23-24).

No había, pues, un hombre anterior, de quien nació la mujer, sino un ser humano indefinido, que, al ser dividido por Dios, fue recreado en la forma de un hombre y una mujer, dos personas al mismo tiempo, una antes de la otra y con la otra, de modo que cada uno estaba al mismo tiempo dentro de sí mismo y fuera de sí mismo. El hombre y la mujer nacieron en este sentido incompletos, pero de tal manera que su propia deficiencia terminó presentándose como su mayor riqueza, porque cada uno encontró su plenitud en el otro y ambos pudieron hablar entre sí y unirse formando una carne completa (basar, sarx), la humanidad entera, como una palabra y un cuerpo compartido.

Génesis 3, 1-8. Cuerpo de mujer, riesgo y riqueza de Dios. La mujer bíblica no es un cuerpo-diosa, como Asera-Ishtar, sino que está cerca de la divinidad, como el texto continúa indicando. El hombre comenzó cantando a la mujer (‘‘ella es carne de mi carne’’) pero luego se queda callado y deja la iniciativa en las manos de ella, que la toma y se presenta ante el mandato de Dios, en un gesto de riesgo y grandeza.

La mujer explora así el sentido de la palabra de Dios que les ordenó (a ella y al hombre) ‘‘del fruto del árbol [del conocimiento] (...) no debéis comer (...), de lo contrario moriréis’’ (Génesis 3, 3). El

hombre permaneció pasivo frente a esa palabra, como si no tuviera otro deseo que el de su esposa. La mujer, en cambio, dialoga con su pensamiento interior, que aparece como una serpiente sagrada, arriesga y come el fruto del árbol, ofreciéndoselo al hombre para que él también pueda comerlo.

Esta mujer que explora y come, penetrando con riesgo en el camino del conocimiento, a pesar de la advertencia de Dios, es la expresión de una corporalidad

hecha palabra, por un lado, ante el Dios de la vida y por otro ante la duda de Dios, que es la serpiente, que la tradición posterior (cf. Apocalipsis 12, 1-6) interpretará como un dragón anti divino.

Génesis 3, 14-20. Madre de todos los vivos. Sólo en ese momento, cuando la mujer comió y alimentó al hombre con el fruto del conocimiento (ocupando de alguna manera el lugar de Dios), el texto nos pone ante



Arriba, Gislebertus «La tentación de Eva»

A la izquierda, La creación de Eva, de Andrea Pisano para el campanario de la catedral de Florencia.

la verdad más profunda: ‘‘El hombre llamó a su mujer Eva (hawwa, zoè), porque ella es/será la madre de todos los vivos’’ (Génesis 3, 20).

El hombre dice así que la mujer no es sólo ‘‘carne de mi carne y hueso de mis huesos’’, sino hawwa, o ‘‘viva’’. No consiguió ser Dios (comió el fruto del conocimiento, pero no la vida de Dios), sino que hizo a Eva (hawwa, zoè), madre de todo lo que vive (kol hai, ‘‘de todos los vivos’’, ton zônton).

Ciertamente, la mujer no es Dios en sí misma, sino que es una corporación de Dios, como una encarnación humana de vida infinita. No es una simple costilla del hombre, que descubre en ella y con ella su plenitud personal, sino que presencia y lenguaje de Dios, porque aparece como la madre no sólo de los hombres, sino de todos los seres vivos, porque su cuerpo-vida es un signo (palabra viva) de fecundidad cósmica.

Génesis 4, 6. Cuerpo, ¿causa del pecado? Seguimos leyendo y viendo que la primera lucha y muerte entre hombres no ocurre por culpa de las mujeres, como a veces se ha dicho, sino por los hermanos que se enfrentan (Caín y Abel en Génesis 4, 1-16), pero inmediatamente viene la guerra por las mujeres, como lo indica el canto de Lamec, que tomó dos esposas, amenazando con matar a los que tocaran el cuerpo de alguna de ellas (cf. Génesis 4, 19-24). Así surge el primer mercado y la primera guerra de la historia, como una disputa entre hombres por el cuerpo (y la maternidad) de las mujeres. A causa de ellas (para robarlas y poseerlas) los hombres luchan, instituyendo una ley de dominación y venganza. El texto continúa en esta línea, narrando el primer pecado ‘‘total’’ de la historia.

‘‘Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse en la tierra y nacieron sus hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas (tobim, buenas/apetitosas, como el fruto del conocimiento, cf. Génesis 3, 6) y tomaban tantas mujeres como querían (...) Había gigantes en la tierra en ese tiempo (...) los héroes (gibborim) de la antigüedad, hombres famosos’’ (Génesis 6, 1-4).

Este pasaje resume el tema de una tradición muy extendida en los apócrifos (1 Enoc, Jubileos, varios textos

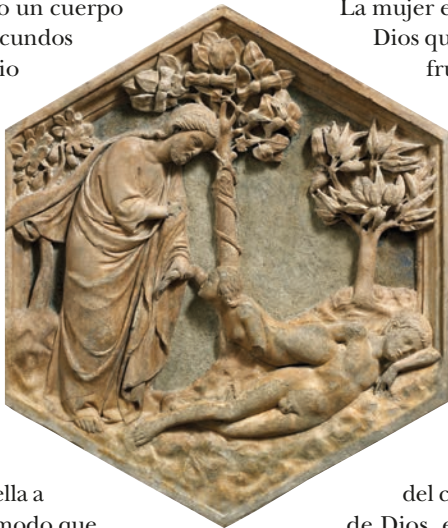
de Qumrán) donde se dice que algunos seres angélicos descendieron en el pasado de sus cielos para violar a las mujeres, generando a través de ellas los guerreros gigantes y/o demonios. Según este relato, el pecado ‘‘original’’ (fundamental) de la historia es la violencia lasciva y posesiva de algunos ‘‘hijos de Dios’’ (hombres fuertes) que poseen y violan a las mujeres, que son el ‘‘cuerpo’’ de atracción-dañado por ellos, iniciando una violencia que conduce al diluvio (Génesis 6-8), que habría destruido a toda la humanidad si Dios no se hubiera arrepentido, salvando a Noé y a su familia.

La mujer de Génesis 3 había comido el fruto del árbol del conocimiento, iniciando así una vida de riesgo, por lo que aparece como la ‘‘madre de todos los seres vivos’’. Pero el pecado ‘‘original’’ en el sentido más estricto ha sido el de los hijos de Dios (hombres de carne y huesos o ángeles guardianes) que comienzan a poseer mujeres y que generan los gibborim, guerreros violadores masculinos.

El cuerpo de una mujer, un riesgo. Según Génesis 6, el origen del mal no era el cuerpo deseable-bueno (tob) de Eva, a quien el primer Adán de Génesis 2, 23-24 había deseado con alegría inocente, sino los malos ojos de los ‘‘hijos de Dios’’ (ángeles o humanos). De aquí en adelante, una gran parte de la teología posterior atribuirá la culpa del pecado a las mujeres por ser hermosas de cuerpo e incluso por atraer a los ángeles (como el mismo Pablo piensa en la primera Carta a los Corintios 11,10, cuando dice que ‘‘la mujer debe tener sobre su cabeza un signo de sujeción, por respeto a los ángeles’’).

Los dos significados anteriores del cuerpo de la mujer (madre de todos los seres vivos y objeto de deseo/muerte para los hombres) atraviesan toda la Biblia, como lo indica, por un lado, el relato de Sara, deseada/poseída por el diablo Asmodeo (en el libro de Tobías) y, por otro, la madre de los mártires macabeos (cf. 2 Maccabeos 7), que presenta su maternidad como demostración y testimonio supremo de la presencia creadora de Dios.

Entre estas dos maneras de entender el cuerpo de una mujer (el signo del diablo o la revelación de Dios) se mueve todo el Antiguo Testamento, con mujeres extranjeras que intentan y destruyen a los israelitas (cf. Esdras y Nehemías), pero también con matriarcas y/o



Un domingo toma la palabra

¿Qué seríamos sin las mujeres? ¿Cómo habríamos terminado sin su efectiva presencia?

DE CATHERINE AUBIN

«Queridos hermanos y hermanas, Simón, cuando fui a tu casa, no me lavaste los pies, no me besaste ni me perfumaste. Simón, ¿dónde estás? ¿Qué estás mirando? ¿Qué es lo que oyes? ¿Qué quieres que te diga? ¿Adulaciones y cumplidos? ¿Conversaciones y razonamientos mundanos? Simón, levántate, levanta la cabeza y escúchame por una vez:

¿Quién le ofreció todo lo que tenía para vivir en el Templo? ¿Viste a esa viuda? ¿La has visto? Contéstame, Simón.

¿Dónde estabas cuando estuve delante de Pilatos? ¿Cuál fue tu palabra (o más bien tu predicación) cuando la multitud gritó “Libera a Barrabás”? ¿Qué gritaste? Simón, contéstame.

¿Quién secó mi sangriento rostro en el camino hacia mi pasión? ¿Quién quedó al pie de la cruz mientras yo respiraba por última vez? ¿Dónde estabas, Simón?

¿Quién vino a la primera luz del día a cuidar de mi cuerpo desfigurado? ¿Quién retó a los soldados a patrullar al amanecer? ¿Quién reconoció mi voz esa mañana? ¿Quién creyó que yo había resucitado de entre los muertos y anunció la buena noticia?

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? ¡Simón! Respóndeme.

A quién dije “bienaventurados los que oyen la palabra y la observan”, ¿acuérdate Simón, a quien le hablé así? ¿Quién escuchó esas palabras y las puso en práctica inmediatamente? ¿Quién quedó a mis pies para escucharme y estudiar mi palabra? ¿Quién eligió la “mejor parte”, la del estudio y la reflexión? Contéstame, Simón, ¿quién?

¿Quién me dio de beber en el pozo cuando estaba cansado? ¿Quién me reconoció y me creyó ese día? ¿Quién fue a anunciarlo? ¿Necesitas que ca-

mine mucho tiempo contigo, como con tus compañeros en el camino de Emaús, para explicarte lo que algunos han comprendido y creído casi instantáneamente?

Simón, respóndeme y dime: ¿quién no creyó la buena noticia pensando que estaba divagando? Respóndeme. ¿Quién es hermano, hermana y madre para mí? ¿A quién va mi palabra? ¿A quién se dirigen mis ojos y mis oídos?

Levanta los ojos, Simón, no temas, vuelve. Vuelve a tus orígenes, a tu fuente. El que te engendró y te acunó. El que te enseñó a hablar. Dejad que sus respuestas resurjan en vosotros y encontrad en vuestras profundidades lo que habéis olvidado. Como José, no tengáis miedo de llevaros a María con vosotros. No tengas miedo de dar la palabra a todas las Marías.

Queridas hermanas y hermanos, Cristo nos interroga y abre nuestra inteligencia. Reconocemos nuestros graves errores y fracasos. Durante mucho tiempo hemos usado vendas para los ojos, reduciendo así nuestra vista, nuestra escucha e incluso nuestra inteligencia. Sólo mirábamos y escuchábamos lo que queríamos oír y observar. Nuestros concilios, nuestros decretos, nuestras cartas apostólicas, nuestros documentos oficiales fueron escritos por nosotros, hombres. Incluso tuvimos la audacia de regular la vida íntima de mujeres y hombres. Hoy, no endurezcamos nuestros corazones, escuchemos lo que el Espíritu nos dice, la Iglesia del siglo XXI. Detengámonos y hagamos una pausa para escuchar lo que se nos dice más allá de las palabras.

Mis predecesores reconocieron al genio femenino, ¿no era suficiente? Me atrevo a decir que no hemos ido muy lejos en esta reflexión y, por tan-



Albert Gleizes
«La mujer con
el vaso de flores»
(1910)

to, en algunas innovaciones. Hace tiempo los escándalos de abusos de todo tipo nos han atrapado: fue un cataclismo y un diluvio comparable al de Noé que devastó y destruyó la barca-la Iglesia, y que al tiempo nos ha reformado, liberado, incluso salvado. Desde hace años vivimos otra forma de hacer Iglesia; y agradezco a todos los que, en medio de la tormenta, así como en momentos de calma y de manera invisible, dan catequesis, organizan la preparación para matrimonios y también las celebraciones fúnebres. Les agradezco que se hayan levantado y se hayan atrevido a gritar, protestar y casi boicotearnos durante largas semanas. Recordemos: fue una verdadera toma de conciencia. ¿Qué seríamos sin las mujeres? ¿Y en qué nos habríamos convertido sin ellas? ¿Cómo habríamos terminado sin su efectiva presencia?

Hoy me gustaría que nuestros oídos estuvieran libres y abiertos a otros ecos. Tenemos mujeres doctoras en la Iglesia en nuestro patrimonio, y eso es una fortuna. Pienso en Santa Hildegarda de Bingen y Santa Catalina de Siena, que han recorrido el mundo, anunciaron la salvación en cada ocasión oportuna e inoportuna. Pienso en las profetisas de la Biblia, ya sean Ester o Débora, o las mencionadas en la genealogía de Jesús.

La salvación viene a través de las mujeres y también a través de sus palabras. Nuestras homilías —como dice el significado griego— existen para entrar en conversación. Por lo tanto, es urgente invitarles a tomar la palabra y dejarles las homilías. Haremos todo lo posible para dar a las mujeres y a los laicos la oportunidad de decir sus homilías durante nuestras misas dominicales.

Para algunos, suena como una revolución, pero no lo es. En su comentario sobre San Juan de Aquino, Santo Tomás de Aquino explica que la mujer samaritana es el modelo para la predicación apostólica. Para él, el propósito de la predicación —y vale para las homilías— es un conocimiento de la fe basado en el encuentro con Cristo. Esta mujer, la samaritana, alimentada por la escucha de Cristo, anuncia lo que es necesario para que los que la escuchan salgan al encuentro de Cristo, y Tomás de Aquino añade con claridad y precisión: “Esta mujer asume la función de los apóstoles llevando el mensaje”.

Pensemos en cómo llamaban a María Magdalena desde los primeros siglos, “la apóstol de los apóstoles”. Ha llegado el momento de abrir los ojos y los oídos para devolver a las mujeres su lugar en la transmisión de la palabra en nuestras Eucaristías.

Hoy la salvación entra en nosotros y como Zaqueo descendemos. Dejamos nuestras ilusiones, nuestros prejuicios, nuestras falsas creencias, nuestras inercias, nuestras palabras vacías, nuestras falsas excusas, bajamos a un lugar que nos separe de estos ídolos, separémonos de nuestras ilusiones. Bajamos a alcanzar a los invisibles, a los mudos, a los heridos y a los débiles, bajamos dentro de nosotros mismos para ser visitados y perdonados, bajamos para tomar la mano de Cristo y escucharle decir “el Señor está contigo”, bajamos para que la salvación de las mujeres y los hombres venga a habitar en nosotros. Agradezco a todas las diócesis que no han esperado el anuncio de esta reforma para enriquecerse con la predicación de las mujeres durante la homilía».

Queridas hermanas y hermanos, esta homilía fue pronunciada hace diez años por nuestro querido obispo ya fallecido. Ha sido un pilar de esta gran reforma. Agradecemos hoy, primer día del año, por este camino de cambio que continúa. Que la bendición de nuestro Dios descienda sobre nosotros, hijas e hijos de Abraham, para que nuestra palabra sea fecunda con su mirada, su Espíritu y su compasión por cada uno de nosotros. Amén.



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

VIII SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE
Edición y Traducción de Fuentes

Humanismo y Biblia: Textos y traducciones

Preparando el Centenario de
San Jerónimo (2020)

Salamanca,
14-15 de febrero de 2019

-Aula de Grados-
Compañía, 5. 37002 Salamanca



Motivo de imagen: Ed. *Epistulae Hieronymi* 1492 imagen de Alberto Durero

Información:

Instituto de Historia y Ciencias Eclesiásticas

Tel. 923 277 100 (Ext. 7023) - lhce@upsa.es



Instituto de Historia y
Ciencias Eclesiásticas

Actividades desarrolladas en el marco de los Proyectos de Investigación «Tradición clásica y patristica y exégesis bíblica en el Humanismo (Monarquía mística de Lorenzo de Zamora y Epistolario de Pedro de Valencia)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (MINECO) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), FF12015-65007-C4-4-P; «Difusión del patrimonio pedagógico occidental [siglos XIV-XVII]. Digitalización, traducción y estudio de fuentes inéditas del humanismo», aprobado, el 18 de octubre de 2016, por el Ministerio de Economía y Competitividad. Programa Estatal de I+D+i Orientada a los Retos de la Sociedad (España), con N° de referencia: EDU2616-79080R.